

SIETE PARA
UN SECRETO

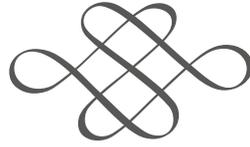
Mary Webb

Libros de
seda

*Para el ilustre Thomas Hardy,
quien me ha hecho sumamente feliz al aceptar esta dedicatoria*

*Siete urracas en un árbol vi,
una para ti y seis para mí.
Una para el dolor,
dos para la alegría,
tres para una joven,
cuatro para un chico,
cinco para la plata,
seis para el oro,
siete para un secreto
que nunca se ha contado.*

CANCIÓN ANTIGUA



C A P Í T U L O 1

Gillian Lovekin

Una fría tarde invernal, en la región que se encuentra entre las tierras onduladas de Inglaterra y las pendientes sombrías y purpúreas de Gales —mitad dentro del País de las Hadas y mitad fuera de él—, la antigua granja que se erguía en medio de los pliegues y promontorios de los páramos de Dysgwlfas refulgía con el lustre de una gema en un vasto entorno de grises y violetas. La región de los páramos nunca estaba desprovista de color. Aun así, esas extensiones misteriosas mantenían, cuando los brezos se habían marchitado, un rubor púrpura como el espíritu de esos arbustos. Milla tras milla, sombría y recortada contra este paisaje que se extendía a ambos lados, la finca, con sus graneros y fardos de heno, retenía y reflejaba cada rayo de sol menguante y conformaba una imagen agradable y apacible bajo el cielo aborregado, bajo y cinéreo que presagiaba nieve. La casa de la granja estaba construida con arenisca fina y antigua, de ese rojo desteñido y apagado por el paso del tiempo que otorga una belleza indescriptible bajo los rayos rasos del alba y el atardecer, como si irradiase la luz que la tocaba. Solo era por la tarde, en el sentido en que la palabra se utilizaba en esta región fronteriza, es decir, cualquier momento después del mediodía. Todavía no era la hora del té,

aunque los preparativos estaban en marcha. Entre los almiarres de maíz, que fulguraban bajo el sol como un recuerdo de los tintes anaranjados, marrones y amarillos de un agosto que aún no había acabado, los pardillos norteños se daban un festín y buscaban su refugio de costumbre para pasar la noche; uno o dos de estos pajarillos tardíos seguían con su triste lamento, piando desde el endrino desnudo. Los mirlos empezaban a atusarse las plumas mientras se acomodaban y cerraban los párpados. Graznaban y refunfuñaban, nerviosos por alcanzar su nirvana secreto. Desde los rastros de los campos, que yacían como una moneda pálida en el extenso páramo, una bandada de estorninos atravesó el aire como el desgarro de una seda fuerte.

El almiar quedaba en el lado norte del corral, al sur estaba la casa, hacia el este se encontraban el corral, la vaquería y el establo. Al oeste se extendía el vergel y, tras él, estaba la casita de campo, que en estos lugares solitarios siempre se construía a la vez que la granja. Todo aquello conformaba una pequeña sociedad de unas quinientas almas —si se aceptaba que los pavos tuviesen alma, e incluidas las ovejas cuando se tumbaban cerca de la casa en el momento de alumbrar a sus crías—. En cuanto a si deberían incluirse a los pardillos norteños, los comunes y los estorninos, Gillian de Dysgwlfas solía dudar. Cantaban y volaban, y nadie podía cantar y volar sin un alma, pero eran tan rápidos, ligeros e inconsecuentes, sus canciones tan agudas e inquietantes, que pensaba que sus almas no eran del todo como la de las hadas de verdad, ligeras como una cáscara de huevo tras succionar su contenido. En el tejado de la granja, las palomas negras con cola de abanico, que pertenecían a Robert Rideout, de la casita de campo, revoloteaban inquietas de arriba abajo. Durante todo el día, molestas por el ajetreo del interior de la casa, se habían acercado por momentos, con mucha cautela, al borde del tejado cubierto de paja para echar un vistazo ahí abajo con esos ojos rubí. Habían observado que todas y cada

una de las ventanas de plomo habían permanecido abiertas de par en par el día entero, que habían sacado al prado del palomar los dos sillones tallados con los cojines rojos y la gran alfombra de piel de oveja del pasillo para sacudirlos. Habían visto a *Simon*, su enemigo acérrimo, escabullirse por los arriates donde los tallos marrones de las plantas perennes se habían secado por las heladas tempranas, molesto como siempre que tocaba día de limpieza, para al fin tumbarse malhumorado en la ventana del granero y negarse en redondo a entrar en la casa. Sabían que todo eso anunciaba una especie de intrusión del mundo exterior, que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista, en aquel lugar tranquilo, inmerso en un silencio aciago. Debía de ser que la hermana del granjero Lovekin estaba de camino, la tal señora Fanteague, que provocaba limpiezas en el palomar y a quien odiaban. Demostraron su desagrado alzándose todas a la vez con un batir de alas constante y escrutaron el paisaje, cada vez más pequeño desde las alturas.

La mayoría de las ventanas estaban cerradas y un aroma cálido y delicioso a comida le abrió tanto el apetito a *Simon*, que se levantó, se estiró, bostezó, se lamió por encima, dejó a un lado el orgullo y bajó a la cocina, donde se enroscó entre los pies ligeros de la señora Makepeace, atareada entre la alacena y el fogón abierto, con el horno a un lado y una olla que borboteaba al otro.

De pie, junto a la mesa de la cocina, se encontraba Gillian Lovekin. En realidad se llamaba Juliana, pero la familia Lovekin había mantenido el nombre antiguo. Estaba machacando pasas. Se comía cada sexto fruto, con determinación y un aire desafiante, como recordando que la señora de la granja era ella y no la señora Makepeace. Cuando su madre murió, Gillian tenía solo dieciséis años. Lo primero que pensó, recordaba con remordimiento, fue que a partir de ese momento ella sería la señora. Tenía dieciocho en este día de preparativos y acababa de «salir del luto». No era ni alta ni baja, ni

rolliza ni muy delgada; no era morena ni rubia, ni guapa ni fea. Tenía rasgos poco agraciados, como la cicatriz que le recorría un lado de la frente y le daba a su rostro un aspecto resuelto e implacable. Tenía la nariz demasiado alta con respecto al puente —el tipo de nariz que proviene de ancestros galeses y que es común en el oeste—. Le daba, cuando tenía el ánimo más templado, un aire autoritario. Pero era de boca delicada y dulce y, a veces, podía ser complaciente; se maravillaba con todo lo que veía y percibía un esplendor latente en las cosas comunes que te encantaba, te hechizaba y te quitaba de la cabeza la idea de que fuera simple o aburrida.

Le gustaba darse aires mientras hacía las tareas diarias, así que utilizaba el viejo cuenco de Stafford (se lo habían enviado a su abuela como regalo de bodas desde ese condado) para enjuagarse los dedos cuando los tenía pegajosos. Las pasas marrones estaban amontonadas sobre un plato amarillo y ella ofrecía una imagen graciosa con dos trenzas de pelo castaño, las cejas oscuras curvadas sobre los ojos gris lavanda, el rostro teñido con ese bonito bronceado del campo y el rubor de un rosa tostado. La luz del fuego la acariciaba y *Simon*, cuando sacaba un ratito entre los trozos de grasa que se le caían a la señora Makepeace de la tabla de cortar, la miraba asombrado con envidia y cariño.

La señora Makepeace estaba preparando hojaldres de tripas de cerdo y magdalenas de manzana.

—¡Bueno! —dijo, mientras picaba con tanta rapidez que parecía que iba a rebanarse los dedos con cada corte—. ¡Hoy no hemos hecho más que limpiar!

Gillian suspiró. Le desagradaban esos momentos de trabajo manual casi tanto como a *Simon*.

—Estoy segura de que tía Fanteague estará satisfecha —repuso, pronunciando el nombre de su tía en tres sílabas.

—La señora Fanteague —observó la señora Makepeace— nunca está satisfecha como dama que es. Ya puedes arrancarte el corazón, servirlo en una tostada con una salsa hecha con

tus propios huesos y tendones, ¿te daría las gracias? Lo olería, lo miraría y, con ese vozarrón grave que tiene, diría: «Querida, te hace falta un corazón más grande».

Gillian se echó a reír, y *Simon*, a quien le encantaba su voz, cruzó la cocina ronroneando y se subió a su regazo de un salto.

—Salvo en su presencia, señorita Gillian —añadió la señora Makepeace—, y discúlpeme por burlarme de su tía.

—Lo hace una y otra vez —dijo Gillian, apartando el plato de pasas—. Creo que preferiría subirme al carruaje de tía Fanteague cuando vuelva a Silverton e irme con ella, más allá de Gwlfas y las montañas, al otro lado del mar...

—Pero ¿a dónde? —inquirió la señora Makepeace.

—¡A la luna, tal vez!

—¡Señorita! ¿Qué haría su padre?

—Padre es olvidadizo. No me echaría mucho de menos.

—¿Y Robert? ¿Mi Bob?

Le echó un vistazo rápido a la joven con esos ojos marrones sagaces y maternos.

—Oh, ¿Robert? —reflexionó la muchacha mientras le acariciaba el pelaje a *Simon*.

Se quedó pensativa.

—¿Robert Rideout? —murmuró. Entonces se echó las trenzas hacia atrás con un ademán desafiante y exclamó—: ¡Él tampoco me echaría de menos!

Echó a *Simon* y se levantó.

—Estará al llegar —dijo—. Debo ir a comprobar las trampas para conejos.

—Espero que prescindas de uno de los que atrape para hacer medallones, querida. A su tía Fanteague le encantan los medallones de conejo.

—No hasta que padre pague por ellos —respondió Gillian—. Si regalo mis conejos en cuanto los cazo, ¿qué pasará con mis clases de música?

Abrió la vieja puerta rematada con clavos que daba al corral y se marchó.

—¡Qué atrevida! —observó la señora Makepeace—. Ay, es una atrevida y siempre pretende engañar a todos, pero tiene buen corazón; si pudieras tenerlo entre los dedos, Robert, hijo mío... Aunque dudo que hayas sido lo bastante directo.

Sacudió la cabeza pensando en Robert y las cintas de la cofia se le mecieron a ambos lados del rostro, redondo, sonrojado y alegre.

—Si no supiera que John Rideout te engendró mucho antes de que me apiadara del pobre Makepeace (John Rideout era un hombre de hierro, y nunca me hubiera hecho falta recurrir a otro), creería sin duda alguna que eres hijo de Makepeace. ¡Todo un soñador!

Amasaba, golpeaba y cortaba como si su hijo y su segundo marido estuvieran en la tabla de amasar y ella estuviera dándoles forma. John Rideout, el hombre de hierro, permanecía en su mente como un ser superior, que no necesitaba que lo moldeasen. Cuando murió, veía a los demás hombres como a un puñado de niños a los que había que cuidar y regañar, y como Jonathan Makepeace era el hombre más desamparado que había conocido en su vida, se casó con él. Lo había visto por primera vez en el mercado de Keep. Alto, delgado, con el pelo largo y la barba ondeando al viento, los dulces ojos azules de él se toparon con los de ella con la tristeza de quien se lamenta: «Cuando les hablo de paz, los preparan para la batalla». La tragedia de Jonathan Makepeace era que, desde que sostuvo un sonajero por primera vez, todo estaba en su contra. Era el vivo ejemplo de la teoría de que la materia se cruza en el camino de la vida. Y al interponerse en el camino de Jonathan, este nunca se proclamaba vencedor. Las jarras se le caían de las manos, se tiraba encima el contenido de cubos y aljibes, se le enganchaba cualquier parte de metal que llevase en la ropa con los manteles y arrastraba consigo lo que hubiera sobre la mesa. Si cosechaba fruta, le caía una lluvia torrencial de manzanas sobre la cabeza. Si pescaba, se caía al agua. Varias partes del abrigo, y un

trocito del dedo, habían sucumbido al Moloch¹ del cortador de nabos. Cuando rastrillaba el jardín, se trinchaba los pies. Cuando serraba madera, las astillas le saltaban a la cara como pájaros furiosos. Si encendía un fuego, las llamas alcanzaban tanta altura que le chamuscaban la barba. Esta conflictiva relación de Jonathan con lo inanimado era bien conocida en los páramos y causa de máximo disfrute desde Mallard's Keep, al norte, al pueblo oscuro y empinado de Weeping Cross, que quedaba al sur. Se regocijaban con el sempiterno deleite de los campos, en silencio y sin hacer comentario alguno. El día que Abigail lo conoció se divertían a su costa en Keep, donde se celebraba el mercado semanal y donde la gente compraba cada día, pues se reservaban las compras de Navidad, bodas y funerales para Weeping Cross, que estaba más lejos. Jonathan estaba comprando. Bajo un brazo llevaba una saca de pienso para las gallinas; bajo el otro, salvado. Ambas bolsas, por tratarse de Jonathan, se habían descosido y una multitud de personas lo seguía en silencio y muertos de risa mientras él se dirigía, circunspecto y patético, hacia la posada con los ríos de pienso y salvado marcando sus pasos como un rastro de migas. Ella había oído hablar de él (¿y quién no?) y verlo así fue la prueba definitiva de que aquel hombre necesitaba cuidados maternos. Le dijo con brusquedad lo que estaba ocurriendo y su «¡Ay, válgame Dios!» y su sonrisa le parecieron de lo más adorables. Ella le ató las sacas y atendió compasiva a sus justificaciones. A las cosas «les pasaba» algo, le dijo. «Es como si estuvieran encantadas». Ella no se rio. La rodeaba un aura de sabiduría antigua acorde con el rostro firme y sonrosado, con la constitución de un petirrojo. Sabía que los cielos no eran favorables para todos. La lluvia no caía por igual sobre los malvados y los buenos. Ahí estaba Jonathan, más bueno que el pan

1 N. de la Ed.: Dios de la antigüedad para los fenicios, cartagineses e israelitas que exigía sacrificios humanos.

y, aun así, todas las nubes del cielo parecían haberse arremolinado sobre él. Como le dijo alicaído: «El tiempo para los demás es seco como la yesca, pero yo estoy empapado». Al percatarse de que batallar con los objetos inanimados era el don especial de la mujer, entrenada durante siglos por las labores del hogar —a atrapar en el aire las tazas cuando se caen de los ganchos y las jarras cuando se precipitan desde el borde de la mesa—, la señora Rideout decidió pasar el resto de su vida luchando por Jonathan. Ya llevaba doce años haciéndolo con gusto, con la admiración de los vecinos del campo y la satisfacción del beneficiario.

Robert tenía diez años cuando su madre se casó con Makepeace. Sus abundantes pestañas, que le enmarcaban los ojos y le conferían una mirada profunda y tierna al mismo tiempo (era difícil apreciar el color de las pupilas por su ardiente vitalidad), y la boca de gesto severo, con esa extraña sonrisa dulce, eran tan parecidas a las de su padre que Abigail solía pensar en él durante horas. Fue fiel a John Rideout, aunque se casara con Makepeace. Y así transcurría una Navidad tras otra y Jonathan seguía sano y salvo, todo un triunfo para ella. Lo quiso con amor maternal; cuando Robert se hizo un hombre, Jonathan ocupó su lugar. Abigail miraba su figura alta y delgada con orgullo y recordaba todas las catástrofes de las que lo había salvado el año anterior.

En ese momento, mientras Abigail trabajaba en la cocina de la granja, Jonathan estaba untando con sebo el farol para ponerle el arreo a la yegua e ir a la estación al otro lado del páramo a recoger a la señora Fanteague. El sebo de la vela se negaba a mantenerse erguido, se inclinaba hacia él como el cuello largo y grisáceo de un polluelo de cisne y manchaba el mantel de cuadros de la señora Makepeace. Jonathan pensó en los males que podía ocasionarle el arreo, en las verjas que se le cerrarían en la cara y en la cantidad de veces que se le caería la fusta; pensó en las millas de páramo a oscuras que debía cruzar para llevar a la señora Fanteague y su baúl de

esquinas afiladas (siempre por la gracia de los cielos y desafiando a los objetos materiales) y suspiró. Abigail tendría una taza de té lista para él cuando volviese a casa. «Si es que volvía», rectificó. Con la fatalidad que envolvía su carácter como una mortaja, veía el peor escenario como lo único que podía suceder; si se daba un golpe en el pie o se caía de lo alto de la paca de heno, tan solo decía: «Hágase tu voluntad».

Cuando abrió la puerta del establo, una ráfaga de viento le apagó la vela. La verja se cerró de golpe y le atrapó los dedos. No tenía cerillas. El tiempo apremiaba, pues nadie hacía esperar a la señora Fanteague.

—¡Robert Rideout! ¡Robert Rideout! —llamó a gritos.

El débil lamento atravesó el corral hasta el almiar y unos párpados soñolientos se entreabrieron. Los ecos vagaron desconsolados por los difusos páramos circundantes que, al atardecer, se habían oscurecido como un ceño fruncido.

Robert no apareció.

—¡Estará solo por ahí lejos! —comentó Jonathan—. ¡Qué muchacho! ¡Ay, menudo bribón, qué chico más inútil! Nunca está cuando se le necesita. ¡Siempre cabizbajo y enfurruñado este joven!

—¿Qué le aflige, padrastro? —preguntó una voz grave y tranquila—. ¿Por qué se queja aquí fuera, solo y a oscuras?

Jonathan suspiró de alivio y se tranquilizó como un pajarillo adormecido por la presencia fuerte y segura de Robert Rideout. Estaba de pie, con el pelo alborotado, y retorció las manos como un frágil profeta del desastre; le contó a Robert las contrariedades del día.

—¡Ah! Siempre pasa esto cuando madre está en la granja —dijo el joven mientras sacaba la yegua, que acercaba el hocico con suavidad hacia el áspero abrigo. Los caballos nunca se comportaban tan bien como con Robert. Cuando ordeñaba las vacas, daban más leche. Se decía que ninguna oveja daba a luz a destiempo si él era el pastor. Hasta las gallinas, movidas por instintos innatos a «robar los huevos»,

salían con sus polluelos como si fueran un enjambre de abejas cuando Robert pasaba por allí para revelar tal pecado y gloria solo a sus ojos.

—¡Listo! —dijo el joven. Le dio a Jonathan las riendas y la fusta, le remeti6 los zahones alrededor de las rodillas, comprob6 los faroles y abri6 la verja.

—Deja una luz en el establo para cuando volvamos, muchacho... Si es que lo hacemos.

Era su frase habitual. Aunque solo fuera a llamar a los patos al estanque, se despedía de su mujer con tanta efusividad como si se marchase de viaje. Lo más probable era que se cayera de cabeza entre las aves o se enredase con las algas y lo arrastraran hacia el fondo. Era curioso que a nadie se le hubiera ocurrido jamás que Jonathan dejase de realizar esas tareas importantes. Por ejemplo, iba a «buscar» a la señora Fanteague porque siempre lo hacía. Pasaban cosas, pero, hasta el momento, no había ocurrido lo peor. En el campo hay una pizca de fatalismo optimista por el que siempre se espera que lo peor jamás sucederá. Además, se trataba de la señora Fanteague. Cuando llegara a casa, ella estaría al mando. Incluso cuando ni siquiera se había apeado en el andén de madera azotado por el viento en el ramal de la estación de Keep, su presencia, que se acercaba implacable tras el horizonte, lo tranquilizaba de manera indescriptible. E iba con *Winny*, la yegua. Ella cuidaría de él. Lo entendía muy bien. Cuando tiraba de las riendas, ella se desviaba justo al otro lado del que pretendía indicar. Conocía cada piedra, cada tramo irregular del camino, cada cruce en el que podían extraviarse como entre los hilos de una telaraña, todas las pendientes transitables y las zonas resbaladizas. Conocía el lugar donde la carretera avanzaba junto a las vías del tren durante media milla, justo hasta Keep —donde, si Robert la guiaba, ella no se pondría «nerviosa» y confiaría en él, en su voz y en la mano firme que llevaba las riendas, y si cualquier otro la condujera, ella saldría

espantada—. Cuando tuvo a Jonathan a los mandos, no se sobresaltó ni se sacudió. Si dejaba que la yegua tomase las decisiones, nunca pasaría nada. El mundo animal, como para compensar la falta de amabilidad de lo inanimado, lo trataba bien, y mientras las vallas y las piedras se le rebelaban y lo confundían, las criaturas vivas lo consolaban con ademán maternal y reconfortante.

—Iría y le acompañaría un trecho, pero debo ocuparme de las ovejas, padraastro.

—Adiós, y que Dios te bendiga, muchacho —dijo Jonathan—. Todo irá bien en cuanto la yegua se ponga en marcha.

Pero cuando avanzaban por el páramo, se volvió y miró la granja, la luz acogedora de las ventanas. Sacudió la cabeza con tristeza y murmuró:

—Que Dios se apiade de mí para traer a la señora Fanteague.



C A P Í T U L O 2

Robert Rideout

La luna creciente y afilada se alzó sobre el lado este del páramo a oscuras, se enredaba con las ramas negras de los pinos que se mecían ligeras con el viento que se levantaba en la noche, se deslizaba entre ellos como un pez que se libera de una red rota sobre un vasto cielo grisáceo que comenzaba a iluminarse, entre las nubes algodonosas, con la débil luz fosforescente de las estrellas. En el último prado, agreste y cubierto de matojos, que ascendía hacia las espléndidas curvas de los páramos, Robert encontró a las ovejas intranquilas bajo el cielo incierto. Yacían con el cuerpo algo fatigado y recortado por la hierba fresca, helada y alumbrada. El presagio de la hora de dar a luz ya asomaba a sus ojos.

—¡Arriba, vamos! —dijo—. ¡Vamos!

Cuando se levantaron, las briznas emitieron un crujido feérico y las ovejas se prepararon para seguirlo adondequiera que las condujese. Sin embargo, mientras Robert se volvía hacia su hogar, una voz aguda y argéntea como la creciente luna atravesó el profundo silencio como una hoz.

—Espérame, Bob, ¿quieres? —gritó desde el otro lado del seto de avellano desnudo.

Se dio la vuelta sin prisas, nada sorprendido.

—¿Qué te ocurre, Gillian? ¿Recogiendo avellanas en noviembre, niña? ¿No sabes lo que dice la vieja canción?

—¡Dímelo!

—«Las avellanas recogidas en noviembre auguran un destino fatal. Nadie recordará la tumba en tu camino».

—Te lo has inventado —protestó.

Él rio con timidez.

—¿Por qué lo crees?

—No lo creo. Lo sé. Te lo has inventado, ha salido de esa mata de pelo negro y alborotado. Creo que ahí dentro tienes un armario, como ese donde la señora Makepeace almacena la mermelada, y en él guardas en papelitos los cuentos, canciones y demás y los buscas cuando quieres usarlos.

Bajó del seto de un salto; dos conejos muertos se sacudieron junto a su delantal y se lo mancharon de sangre.

—Creo —dijo Robert mientras la observaba con gesto divertido— que haces una montaña de un grano de arena, y no me equivoco. ¿Qué bicho te ha picado para cazar conejos? No eres más que una conejita parda.

Ella arrojó las presas al suelo, se apartó las trenzas y se llevó las manos a las estrechas caderas.

—Tengo que cazarlos. Quiero ganar dinero para las lecciones de música. Lo sabes —replicó.

—¿Por qué te ha dado por la música?

—Debo cantar y tocar un arpa de oro como el hombretón que tocó en el Eisteddfod.²

—¿Y luego qué?

—Luego me compraré un trozo de tela escarlata y me haré un vestido, subiré el arpa al carruaje de la señora Fanteague, iré por el mundo tocando para los demás y los haré llorar.

—¿Llorar para qué?

2 N. de la Ed.: Festival de música y poesía galés cuyo origen se remonta al siglo XII.

—Porque a la gente no le gusta llorar en las fiestas. Incluso en la iglesia solo lloran cuando los párrocos gritan por todo lo alto y se escucha el eco de los textos, eso los deja atontados. Si los haces llorar cuando no quieren hacerlo, sabes que tienes poder sobre ellos.

—Eres rara, niña.

—¿Dónde escuchaste la canción que me cantaste ayer?

—A los pies de un arcoíris.

—¿La has compuesto tú?

—¿Acaso he tallado la luna?

—Si no me lo dices, perfecto. Eres un cabeza de chorlito, Bob Rideout.

—Soy como soy.

—Lo siento por ti, pero voy a cantar la canción:

*Llevaba el arpa en la mano
y recorrí la tierra de lado a lado,
de arriba abajo durante años pasajeros.
Mas no importaba lo lejos que vagara,
no encontré las sonrisas ni plañideras de casa.
Y en cada atardecer tranquilo
oía un chillido
como de criaturas gritando de dolor:
¡vuelve a casa, por favor!*

—No está mal —dijo Robert—. Pero no es lo bastante persuasivo al final.

—Es que no quiero que lo sea. Pretendo sorprender a la gente. Quiero cantar hasta que se derrumben las campanas. Quiero arrancarles lágrimas de los ojos y el dinero de los bolsillos.

—¿Dinero?

—¡Ay! Sacos enteros. No puedo ser una gran dama sin dinero.

—¿Qué te aflige para que quieras ser una dama?

—Quiero una diadema resplandeciente, ponerme zapatillas brillantes, un vestido que haga frufrú como la hierba cuando crece y que susurren: «¡Ahí va Gillian Lovekin!».

—¡Bien que te haría eso!

—Y que vengan los jóvenes, tener charlas poco comunes con ellos y que uno diga: «¡Cásate conmigo, Gillian Lovekin!». Y que el otro diga: «¡Me muero de amor por ti, señorita Juliana!». Y responderles: «¡Os podéis ir con viento fresco los dos!».

—Entonces, ¿no te casarías con ellos?

—¡De ninguna manera! Quiero oír cómo me aplauden y unirme a los coros como el de Eisteddfod, que el corazón me lata con fuerza, sonrojarme y saber que los haré llorar y reír, y que recordarán a Gillian Lovekin hasta el día de su muerte.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! Según parece tienes algo que enseñarles, Gill. Eres un poco cruel cuando te obcecas con algo. Malvada, diría yo.

—Y cuando me vaya a dormir por las noches y no soporte olvidar que fui yo misma durante diez horas, y cuando me duerma para no despertar jamás, entonces no me lo tomaría tan a pecho al ver que me recordarán hasta el fin de los tiempos.

Se irguió en su finura, que tenía la particular belleza de una vara, dotada con una espalda escueta, hombros caídos y caderas estrechas. La cicatriz de la frente brillaba sin cesar, plateada a la luz de la luna. Las ovejas, intranquilas, se agitaron a su alrededor y los conejos que yacían a sus pies bien podrían haber sido el sacrificio a una diosa de los bosques.

Robert la miró fijamente, atento, por primera vez en su vida. Desde que había llegado a Gwlfas hacía doce años, la había subestimado. Ahora la veía. Parecía absorberla con los ojos, oscuros y soñadores, tan bien resguardados por las pestañas, con el ceño fruncido y la boca grande y bonita, con los labios unidos en una expresión que en parte ocultaba su firmeza.

Justo de la misma manera con la que bebía de la belleza del campo, las siluetas extrañas y encantadoras de los árboles y las rocas.

Mientras ella permanecía ahí de pie, pensando en el futuro que había planeado, se coló en su ser como una gota de lluvia en el corazón de una flor. Ninguno de ellos supo lo que estaba ocurriendo, y tampoco las ovejas sabían de dónde venía la incomodidad que siempre las agitaba antes de las nevadas.

Robert era sencillo, tan natural como un niño, pero sin su egoísmo. Veía el paisaje, no a Robert Rideout en el paisaje. Veía a las ovejas, no a Robert Rideout como el amable pastor entre ellas. Las montañas no lo hacían pensar en cuando las subía. No miraba su reflejo por instinto, como hacían novecientas noventa y nueve personas de cada mil, cuando pasaba junto a un estanque. No albergaba ni una pizca de Narciso en su alma. Rara vez quería imitar a los pájaros, sino que los escuchaba con más atención. Por ello, en ese momento veía a Gillian con su mirada interior, la oía con su oído interior, la sentía en el alma, pero jamás pensó en sí mismo en relación con ella. Veía la cintura estrecha sin pasarle el brazo alrededor; no pensaba en besarla. Se quedó mirándole los hombros y el pecho casi como cualquier hombre miraría a una *Madonna* y, para él, el retrato completo de Gillian era exactamente como ella lo veía: sola, completa y ensimismada.

A lo mejor estaba soñando. A lo mejor maduró tarde. Su padre había sido igual, solo que sin el don de la poesía de Robert. No se casó con Abigail hasta cumplir los cuarenta y cinco, a pesar de que la había conocido a los treinta. Abigail al principio se rio de él. Sin embargo, a lo largo de quince años, se había fijado en la pasión cada vez más profunda con que él hablaba, hasta que cada palabra la hacía estremecer.

Gillian no estaba lo bastante interesada en Robert como para reírse de él. Había visto, a su modo infantil, aquello que

deseaba la humanidad: la imagen de un nido seguro y eterno construido entre los muros derruidos del tiempo. Quería seguir siendo ella misma incluso cuando se hubiera disuelto en la nada. Quería hacer que hombres y mujeres la escuchasen, la amaran, se compadecieran de ella. En el arrullo del silencio plomizo de la granja cualquier abstracción mental cobraba el doble de fuerza. Así que mientras *Simon* ronroneaba, *Isaiah Lovekin* hacía sus cuentas, *Robert* cortaba madera fuera y *Jonathan* sorteaba las vicisitudes del día, *Gillian* construía ese sueño en el que ella siempre estaba en primer plano, bañada en luz, y un mar de rostros difusos componían el fondo. Cuando la señora *Fanteague* venía de *Silverton* con noticias del mundo y su halo de elegancia, ese sueño se volvía tan vívido que no la dejaba dormir por las noches.

Robert, con un profundo suspiro, desistió como una abeja que abandona una flor. Y como esta, tranquila pero frágil, ella parecía estremecerse un poco al recuperarse.

Se dio la vuelta para guiar a las ovejas a casa y ellas lo siguieron con el sordo repiqueteo de las pezuñas.

Gillian recogió los conejos con el gesto rápido de un halcón. Afectada por el comportamiento inusual de *Robert*, encontró consuelo cantando, y mientras caminaba tras las ovejas a la luz de la luna y contemplaba su sombra con una curiosidad disimulada, entonó con voz aguda una melodía que se había inventado y que resonó entre los riscos de los páramos:

*Siete urracas en un árbol vi,
una para ti y seis para mí.
Una para el dolor,
dos para la alegría,
tres para una joven,
cuatro para un chico,
cinco para la plata,
seis para el oro...*

Y más abajo, en la hondonada junto al riachuelo que corría con un rumor bajo, Robert terminó la canción con una voz potente y apacible:

—Siete para un secreto que nunca se ha contado.